

rado de los padres. Si hay algunos que hayan comprometido con deplorables debilidades la primera educación de sus hijos, que se apresuren á poner su autoridad en manos más firmes.

Y que no se diga que el temor al maestro pueda ser causa de pusilanimidad. Si el maestro fuera una especie de salvaje, que obra por medio del terror, amenazando violentamente, ó ejecutando con rudeza ó brutalidad, eso sería exacto, sobre todo con niños jóvenes; pero razonamos en una hipótesis muy diferente, y entonces, así como la ley de la razón no rebaja los caracteres que á ella se someten, así también el temor respetuoso es un sostén contra las malas inspiraciones y no otra cosa, precisamente porque está de conformidad con la razón. Si se tratara de ese temor servil y bajo, que obra fuera de toda conciencia y sólo inspira hipocresía, sería muy diferente; pues ese sí rebaja el carácter; pero suponemos niños, á quienes se haya educado conforme á los principios del primer capítulo.

Desgraciadamente existen caracteres, á los que no será fácil inspirar dignidad, y para quienes el temor será un peligro más de debilitamiento; pero entonces: ó esos niños pueden ser educados sin ese medio y entonces no hay que emplearlo; ó el medio es indispensable, y entonces hay que emplearlo, como el menor mal.

III

La austeridad compatible con las circunstancias

Hemos dicho ya una palabra de la austeridad que debe presidir á la educación, á propósito de los cuidados excesivos que ciertos padres dan á la salud de sus hijos, ó en que los mantienen después de una enfermedad; pero es necesario volver á ese asunto, pues es muy importante. Que la molicie haga muelle el carácter: las palabras mismas nos dispensan de demostrarlo. En medicina, los amargos son en general fortificantes, esto es verdad no sólo en medicina; y en cuanto al carácter, cierta austeridad debe afirmarlo.

Felizmente, no faltan las ocasiones en la escuela ó colegio, para poder practicar esta que, gustosos, llamaremos *virtud*: los bancos no son muy muelles, las habichuelas no son golosinas tan apetitosas, y no siempre sopla en los patios ó galerías un cefirillo primaveral.

Pues bien, de todo eso, debemos felicitarnos, porque un niño que fuera muy sensible á todas esas molestias y les diese importancia, sería incapaz de llegar á esa virilidad que honra.

¿Cómo podrá tener firmeza en presencia del peligro, ó mantenerse en una línea de conducta que no podrá dejar sin deshonor, pero que estará

llena de dificultades ó molestias, aquel que desde la infancia necesite el *confort* y se preocupe sólo por sus comodidades en una época en que apenas se pueden discernir? Es hasta importuno el cálculo reflexivo de esa clase de egoísmo, cuando por efecto de la edad, debería uno sentirse impulsado á movimientos generosos y espontáneos, que la razón debe arreglar sin suprimir. ¿ De qué esfuerzo, de qué virtud será capaz aquel á quien el temor de la fatiga, el cuidado de los vestidos y la simetría de su persona, impidiesen mezclarse en las diversiones estruendosas de sus camaradas? Si el menor cambio de temperatura lo dobliga ó lo fatiga, si el más pequeño malestar detiene el curso de sus recreaciones y de sus estudios, y lo confina á la enfermería, será una flor de invernadero, que seca y marchita el menor viento, y no tendréis que prever para él sino un círculo continuo de quejas y desfallecimientos, sin el menor esfuerzo, aun en favor de las causas más capaces de apasionar.

Es difícil imaginar un género de existencia en el que la impotencia, el ridículo y lo odioso se encuentran reunidos en alto grado. ¿ Cuán preferible es ese turbulento escolar, cuyas manos y rostro dejan sus huellas pintorescas sobre el pupitre, pero á quien su ardor por el juego hace pasar sobre el cansancio; aquel á quien una ligera avería en las rodillas ó en las manos no impide seguir la

carrera en que cayó, y aquel que no se precia de conocimientos culinarios y devora sin pensar lo que come! Si alguna vez, más tarde, tiene que imponerse un sacrificio; si debe exponerse á largas y crueles fatigas, cuando la patria lo llame á su defensa; si la pobreza viene á sentarse á su hogar; ¿ no estará ya dispuesto á sufrirlo todo y sin quejarse? ¿ no será ya un hombre?

Ese, como todos los otros, tendrá que vivir más tarde, cualquiera que sea su condición, en un medio de atmósfera de lujo relativo y de goces á todo costo, al que nadie escapa. Las ciudades, sobre todo, multiplicarán bajo sus pasos las ocasiones de placeres fáciles que debilitan, y si no se cuida, se verá tentado á abandonarse á ese torrente que arrastra la dignidad, la virilidad y algunas veces; Dios nos guarde! la vida de las naciones; pero cuando se presente ese género de vida, que nada detiene, y suponiendo que se entregue á ella, no será tan completamente ni de una manera definitiva. Cuando llegue la edad de las enfermedades, no las habrá agravado con el enervamiento del placer, con la multiplicación de necesidades artificiales y con la imposibilidad de sufrir; y esta es una superioridad incontestable que tendrá sobre el afeminado de colegio.

Llamamos muy seriamente la atención respecto á ese punto, pues nada expone tanto la *virtud* de

los niños como la molicie. En primer lugar, aquel que se concede todos los goces permitidos ó no culpables, será muy débil cuando se trate de rehuserse los que le están prohibidos; pero además, creemos saber que para ciertos temperamentos más nerviosos y más excitables, que tanto abundan ahora, hay hasta un peligro inmediato y real en ciertos cuidados excesivos de *toilette* ó de la cabellera. Y como los niños no se dan todavía cuenta de esas cosas, ni aun bajo el punto de vista de la conciencia, y como nada expone tanto la fuerza del temperamento y el vigor del carácter, esto debe ser un motivo suficiente para dedicarle toda la atención posible.

¡Que se tengan cuidados excesivos, sobre todo para las niñas, ya suficientemente en peligro de llegar á ser verdaderas sensitivas! Para ellas serán más tarde, más frecuentes las incomodidades, más serios los peligros; y con la molicie las predisponéis mal para esas duras pruebas. Y eso sería envenenar á la vez que su existencia, la existencia de aquel con quien se unan. Cuando, á consecuencia de costumbres adquiridas desde temprano, sólo busquen en el porvenir la satisfacción de todas sus comodidades, ¡ á qué espantosa decepción las expondréis si no tienen nada de lo que se necesita para resignarse, y para conservar la igualdad de ánimo y el rostro sonriente que todos deseamos ver en nuestro derredor!

IV

La lucha contra las pasiones

Cuando el niño ó el joven ha combatido la tendencia á hacer su propia voluntad, el arranque involuntario que le aleja del trabajo, y el impulso natural de todo lo que halaga y contenta sus deseos, ha hecho ya mucho para la formación de su voluntad. Le queda sin embargo mucho que hacer todavía, debe luchar contra sus pasiones propiamente dichas, contra esas explosiones de orgullo, de cólera y de sensualidad que son tan temibles. Estos son enemigos que se disfrazan y cuyos proyectos es preciso desenmascarar, proyectos que tienen el privilegio de seducir y que es preciso combatir.

Los antiguos decían que el que sabe vencerse es más fuerte que el que toma ciudades y fortalezas. ¿Quién de nosotros no conoce esa ruda experiencia? ¿Quién no ha tenido que luchar muchas veces, y desgraciadamente, con la certidumbre de que la lucha no se acabará nunca? No es este lugar para extenderse respecto á semejante asunto; pero se nos permitirá observar de paso, que precisamente esa lucha contra las inclinaciones desarregladas, es la que distingue al hombre del animal. Importa mucho persuadir á los jóvenes